

MARIAM ORAZAL

*Una cura
para el alma*

EL AMOR TEMPESTUOSO ENTRE UN DUQUE Y UNA DOCTORA
QUE DESAFIARON TODAS LAS CONVENCIONES



Dos almas arrogantes condenadas a entenderse.

¿Pueden un duque y una mujer trabajadora del Londres victoriano salvar el abismo que los separa?

Paige Clearington ha cumplido el sueño que tenía desde niña: convertirse en doctora. Sin embargo, recién graduada en la Escuela de Medicina para Mujeres de Londres, tendrá que enfrentarse a un reto inesperado: curar bajo coacción al hijo del duque de Brighton. La difteria y los sentimientos que le inspira el padre de su paciente marcarán unos días llenos de temor, pero también de una insospechada ternura.

Maximilliam Hensworth lleva una vida retirada, rigorista, perfectamente cuadrículada. La repentina enfermedad de su hijo y la necesidad de aceptar que lo trate una joven doctora –la única persona que parece saber cómo salvarlo– pondrán a prueba su paciencia y también sus más profundos principios. La galena es insolente, altanera y terriblemente inadecuada, pero despierta en Max una pasión que creía haber olvidado.

¿Puede nacer el amor en los tiempos más inhóspitos? ¿Lograrán Paige y Max encontrar el modo de vencer todos los obstáculos que los separan? Una historia llena de dulzura y emoción, ambientada en un Londres que no permitía a sus mujeres –ni tampoco a sus duques– ser libres.

Índice de contenido

Cubierta

Una cura para el alma

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

A Pepi. Tu luz y tu sonrisa jamás se apagarán

Prólogo

Londres, 25 de julio de 1865

El maldito ratón no quería entrar en la madriguera. Ni las caricias en el lomo ni los murmullos cariñosos servían para convencerlo. A pesar de que había creado un hogar confortable en aquel hueco del establo, el nuevo inquilino no estaba por la labor de ser salvado; se revolvió y chillaba de forma audible, con lo que ponía a ambos en riesgo de ser descubiertos. Y eso era una desgracia de proporciones épicas, porque si su padre se enteraba de que había vuelto a coger uno de aquellos adorables bichitos de la calle, ya no habría más helados de fresa.

Nunca. Jamás. Ni en un millón de años.

Paige sabía que las personas no vivían un millón de años y que, por tanto, el buen doctor Clearington exageraba en sus amenazas; sin embargo, aunque desconocía cuán longeva podía llegar a ser ella, la posibilidad de quedarse sin helado resultaba lo bastante alarmante como para justificar el «furtiveo».

Se agazapó entre los dos montones de paja donde había construido su cabaña ratonesca al oír los pasos arrastrados del señor Marshal. A él tampoco le gustaba que se dedicara a llevar roedores a su cochera; sobre todo desde aquella vez que se le escapó François, y el estúpido caballo de su tío se encabritó al verlo rondar por allí. Todos sus ratones tenían nombres franceses, porque a Paige le parecían más cantarines que los ingleses y porque papá decía

que, «desde que murió el maldito Napoleón», le caían bien los franchutes.

Papá decía mucho eso de «maldito», pero regañaba a Paige cada vez que pronunciaba alguna de esas palabras grandilocuentes. Ella solo las decía porque admiraba el modo en que su padre hacía las cosas, incluidos sus parlamentos sobre la «maldita» gente en general. Si no fuera porque después se ponía triste al explicarle que necesitaba una madre, seguiría diciéndolas. Pero no le gustaba ver al buen doctor apenado.

Los pasos se acercaron y el corazón de la niña se puso a latir desaforado mientras apretaba a Gaspard, su nuevo amigo, contra el pecho. El ratón se revolvía entre sus dedos, y Paige temía que en algún momento se escurriría entre ellos y la delataría. Nunca volvería a valorar tanto el helado de fresa como en aquel momento.

Sin embargo, una voz lejana detuvo el caminar del señor Marshal, quien, mascullando otras de esas palabras que Paige no debía pronunciar, se volvió hacia la puerta del establo y salió.

Paige infló el pecho de aire y respiró aliviada, sin poder evitar la sonrisa: se había librado por los pelos.

El helado estaba a salvo, pero no podía seguir arriesgándose de tal modo. Debía de haber una manera de conservar a sus pequeños amigos los pocos días que tardaban en hacerse grandes. A Paige le gustaban los ratoncitos bebés que se perdían por las callejuelas, pero cuando crecían se volvían un poco antipáticos, así que los soltaba.

Tenía que haber un lugar mejor que el establo para esconderlos, dado que, cuando no era un caballo el que se espantaba, eran el viejo señor Marshal o el ama de llaves, la señora Marshal, o papá quienes relataban por sus continuos rescates.

De momento, podía guardarlo en su habitación, pues nadie entraría allí hasta, al menos, la mañana siguiente.

Eso le daba tiempo para buscar otro escondrijo. Pero para llegar a su dormitorio sin pasar por el vestíbulo tendría que entrar por la cocina. Mala cosa. Allí sería difícil pasar desapercibida.

Se acercó hasta la puerta y escudriñó a través del cristal. Sí, la señora Marshal estaba con sus faenas. Paige protestó mentalmente.

—Tendremos que esperar aquí un rato, Gaspard —le explicó a su amigo grisáceo, que la miraba con aquellos ojitos tan redondos y brillantes. Se había quedado más tranquilo tras el revuelo del establo, aunque Paige no aflojaba la celda de sus manos por si tenía en mente una escapada.

Le produjo un alivio tremendo la visión de su tío Horace montado a lomos de su zaino, Talentoso —aunque de talentoso no tenía nada—, en dirección al establo.

Tal y como esperaba, él se convirtió en un motivo de distracción para todos en la casa. Entró por la puerta principal y, a los pocos minutos, él y el padre de Paige pidieron el té, con lo que la cocina quedó vacía.

Paige cruzó con mucho sigilo hasta la puerta del pasillo de servicio y caminó con tiento por el vestíbulo hacia la escalera —apoyando primero el talón de sus zapatillas y luego la punta, como le había enseñado papá—. Sin embargo, cedió a la tentación de acercarse a la biblioteca en cuanto oyó hablar a los dos hombres acaloradamente. A decir verdad, era su tío Horace quien parecía más alterado.

—El forense estaba tan contrariado que hizo acudir a todos los miembros del claustro para certificar la muerte —contaba Horace Clearington.

—No puedes estar en lo cierto. —El escepticismo de su padre era muy notable.

—Te digo que vengo de la sala de autopsias y lo he visto con mis propios ojos. Yo tampoco daba crédito cuando leí el informe del doctor Gilligan. Uno no recibe todos los

días un mensaje de su superior para corroborar el género de un cadáver. Imagínate mi desazón al tener que explicarle el motivo de mi visita al ujier, pero cuando llegué había otra media docena de doctores allí. Todos para certificar lo mismo.

–Pero eso es imposible. No puedo imaginar de qué modo podría ocultar algo así durante... toda su vida. Debe de ser un error –insistió Arthur Clearington.

Ese fue el momento en el que Paige escuchó la frase que, sin saberlo entonces, iba a marcar su destino. Y no fue porque una convicción radiante se prendiera en su mente o en su alma en ese preciso instante, no. En realidad, lo único que comprendió de forma instantánea fue que, a pesar de ser una niña y no un niño, ella podría seguir los pasos de papá, que era lo que deseaba por encima de todas las cosas.

La idea anidó en un rincón de su cerebro, donde consiguió el abrigo necesario para germinar y convertirse en un fuerte anhelo que fue articulando a lo largo de toda su vida. Lo que Paige Clearington escuchó esa tarde de boca de su tío Horace fue lo siguiente:

–Arthur, te juro por la vida de mi hijo que el doctor James Barry era una mujer.

1

Hyde Park, Londres, octubre de 1890

Una diminuta partícula de polvo flotaba unas pulgadas por delante de su nariz, suspendida, sin que la gravedad pudiera hacer nada contra ella, e iluminada por un haz de luz, como esas motitas que solo son visibles dentro de una cabaña de madera cuando los rayos del sol se cuelan por las ranuras que quedan entre los tablones. Sin embargo, estaban al aire libre, y las que filtraban el sol de aquel mes de octubre eran las copas de los árboles que los rodeaban, tan altos y frondosos que tenían el poder de cubrir de sombras el inmenso parque por el que paseaban.

La sinfonía de ocre, verdes, rojos y amarillos del otoño que pintaba esas copas formaba una pintoresca escena, como si deambularan por una acuarela.

Un tenue aroma a lluvia se distinguía en la mezcolanza de olores que iban y venían, arrastrados por la brisa, como iban y venían los sonidos de las conversaciones o el regocijo de los niños jugando al aro. Uno de esos querubines, que se asemejaba tanto a las pinturas de Joshua Reynolds que podía parecer irreal, había perdido el control del suyo y rodaba ladera abajo, tan pegado al aro y a tanta velocidad que la escena solo podía acabar en un tropezón. Habría un chichón, alguna rozadura y probablemente un mar de lágrimas, pero ningún chiquillo se había roto el cuello retozando en el césped, al menos que ella supiera.

–No me gusta. –La negativa del rostro que tenía frente a ella era aún más rotunda que la de la voz. Aquellas facciones armónicas mostraban un convencimiento cerrado. Y no le sorprendía. La conclusión era lógica, pero no por eso menos discutible.

–Solo tienes que acompañarme durante la reunión. No te va a pasar nada.

–¡No me preocupa mi integridad! –contestó Drew ofendido—. Me preocupan las repercusiones para ti.

Desde luego, esa también era una reacción lógica. Y esperada.

Ya imaginaba que el disgusto de Andrew no tenía nada que ver con sus intereses personales, y sí mucha relación con el afán de protegerla. Era un acontecimiento muy cotidiano y, como se ha dicho, muy lógico.

En calidad de recién graduada en la Escuela de Medicina para Mujeres de Londres, Paige Clearington había iniciado una campaña de recaudación de fondos para abrir consultas ambulatorias en varios distritos de la ciudad. Quedaban descartados los barrios más sórdidos, aunque bien sabía Dios que el East End necesitaba una consulta de atención específica para prostitutas. Ese era un berenjenal en el que Paige no pensaba comprar acres. Le encantaría, sin duda, pero había sido pragmática a la hora de establecer su proyecto. Las únicas personas capaces de proporcionar los fondos para que se habilitasen dichas consultas eran las pertenecientes a la clase acomodada: comerciantes y aristócratas. Esa gente no quería oír hablar de lugares como Spick o Seven Dials, donde la mugre y las epidemias campaban a sus anchas junto con la miseria y la perversión.

No. Sus planes eran ambiciosos, pero realistas. Consultas en barrios trabajadores, donde pudiera ofrecerse un servicio que, sin llegar a ser de urgencias, quedase fuera de los límites de cobertura de los hospitales.

–Yo estaré bien –aseguró en tono conciliador y casi maternal.

La condescendencia no solía ser útil con Drew. Él solo puso en blanco sus vivaces ojos color chocolate y se pasó las nervudas manos por el cabello castaño, sin que este tuviera el mal gusto de despeinarse por la acción. Volvió a quedar pulcramente atusado en torno a su atractivo rostro, que la miraba con expresión acusadora.

–Bien defenestrada, querrás decir.

El estatus, la posición, la imagen... eran cuestiones fundamentales para su interlocutor. Pero, por más que él se empeñara, no acababan de ordenarse en la escala de prioridades de Paige.

–Solo voy a solicitar su colaboración para una causa benéfica –lo tranquilizó–. La caridad es un ejercicio que practican los de tu clase, Drew. No seas cínico.

Andrew era el conde de Redditch, y la amistad que se había establecido entre ellos, si bien respondía a lazos familiares, se había terminado de sustentar en su compartida y sincera observación del mundo. Ambos eran almas curiosas, y debatir sus razonamientos y teorías sobre el devenir de la vida y las personas los había convertido en grandes amigos.

Solían coincidir en sus juicios de valor sobre los demás, pero diferían como polos opuestos en lo relacionado con las decisiones que tomaban en el ámbito personal. Paige desaprobaba a Andrew. Y solo había que observar aquella escena para hacerse una idea de cuánto desaprobaba Drew las acciones de Paige.

–¿Y qué harás cuando te manden a paseo? Te conozco. Entonarás un discurso coercitivo. –Se enderezó con gesto cansado–. E impregnado de reproche por los lujos que les han sido dados desde la cuna, intentando que sea su culpabilidad la que los empuje a apoyar tu proyecto. Pero siempre olvidas que los afortunados no se sienten

avergonzados de serlo y que no les gusta que les ventiles sus defectos en la cara.

Paige respondió a la infamia con un bufido muy poco digno de una dama. Se empujó los anteojos sobre el puente de la nariz y después volvió a ajustarlos un poco más alejados para que no le golpeasen los cristales contra las pestañas. La rectificación le restaba soberbia a su gesto, pero estaba convencida de que el rictus de enfado era suficiente para demostrar su indignación.

–Yo no hago eso –protestó.

–Lo haces constantemente, incluso conmigo.

A regañadientes, tuvo que concederle ese punto. Una de las primeras cosas que Paige había reprobado de Andrew era su jactancia aristocrática y su inadecuado uso de la coquetería. Aunque, para ser honesta, las primeras semanas después de conocerlo había criticado casi cada aspecto de su vida: desde el tono fatuo de su conversación hasta el coste del pulimento con el que le abrillantaban las botas. Por suerte, a Drew le había fascinado su carácter subversivo.

–Esta vez no lo haría –replicó–. Nadie tira piedras contra su propio tejado.

–Creo que sería mucho más efectivo si intentases establecer los contactos de manera individualizada. Yo puedo servirte de embajador.

«Otra vez con eso», farfulló en su mente.

–No voy a valerme de tu amistad para trabajar por lo que creo justo y necesario, Drew. Eso sería taimado y degradante –respondió airada.

–¿De dónde sale tanto maldito orgullo? –saltó Andrew exasperado. Elevó las manos al cielo y siguió caminando a su lado con actitud resignada–. ¡Eres imposible!

Como le ocurría siempre, Paige se enfurruñó durante largo rato. Le giró la cara a su primo y se empeñó en negarse a sí misma la infundada acusación, al tiempo que buscaba las palabras para refutarla a viva voz. Mas estas

no llegaron. Porque Drew tenía razón. Aun cuando era muy pequeña, había desdenado cualquier intento paternalista por allanarle el camino, siempre decidida a sacarse sus propias castañas del fuego. Era una cualidad que exasperaba a su padre y a su tío. A Drew tampoco le había causado especial entusiasmo.

–Tengo que hacer esto por mí misma –murmuró.

Ese tono normalmente desarmaba a Arthur y a Horace Clearington, pero Andrew era tan terco como ella. Los ardidés de niña no eran efectivos con él, porque se habían conocido como adultos y, para ese tiempo, Paige ya había perdido el candor convincente que tantas puertas le había abierto en el pasado.

–Si al menos la doctora Garret te secundara en el proyecto... –refunfuñó–, pero sin su aval no vas a lograr que nadie mueva un dedo.

A Paige le había sorprendido y decepcionado a partes iguales la negativa de la rectora de la Escuela de Medicina. Durante años, había admirado y reverenciado a aquella mujer, Elizabeth Garret, y aún seguía creyendo que era la persona más valiente, inteligente y perseverante que conocía. Pero también era... fría, impasible, desatenta. Cuando Paige le había contado su idea, la había descartado con una rapidez que le resultó humillante. Como si su gran intelecto hubiera sido capaz de ver lo absurdo de la propuesta con solo escucharla, a pesar de que Paige había dedicado semanas enteras simplemente a darle una forma con la que presentarla al mundo.

–No puede ser tan complicado –murmuró más para sí misma que para el propio Drew.

Pero todo lo era. Desde que su mente podía recordar, todo lo importante –todo lo verdaderamente trascendente– había resultado difícil y afanoso. Excepto el amor. Querer a su padre, a su tío, a Andrew... había sido tan natural y fácil como respirar. Sin embargo, más allá de la familia estaba el mundo. Y allí, incluso las relaciones más